

La palabra no se guarda, se camina

Como organización, como pueblos, como procesos, estamos tratando de nombrar algo que no cabe fácilmente en las palabras que nos prestaron desde afuera: salvaguarda, propiedad intelectual, patrimonio o protección industrial.



Las comunidades empezaron a preguntar:

¿Eso que contamos, de quién es ahora? ¿Del mayor que habló?
¿Del territorio que sostuvo esa palabra? ¿O del que escribió el documento?



El silencio también duele

En más de una comunidad escuché lo mismo: “mejor no contar”. Y eso duele, porque nuestra palabra nació para compartirse, para circular, para enseñarse. Pero también entendemos el miedo: el miedo a que lo nuestro termine sirviendo para enriquecer a otros, mientras aquí seguimos luchando por lo básico.

El primero es el camino hacia adentro

No pasa por la oficina ni por el archivo; pasa por el cuerpo, por la práctica y por la espiritualidad. Allí el conocimiento no se separa del territorio, y nadie pregunta de quién es la palabra, porque la palabra es de todos y de nadie al mismo tiempo.

El segundo camino es hacia afuera.

Los mayores fueron claros: no todo se puede contar, no todo se puede escribir, no todo se puede compartir. Pero tampoco dijeron que no se comparte nada. Dijeron que hay que saber qué se comparte, cómo, con quién y para qué.

La conversación continúa

No tenemos todo resuelto. No lo vamos a tener pronto, y tal vez eso está bien. Lo importante es no dejar de conversar, no dejar que otros nombren por nosotros y no permitir que la prisa nos haga traicionar el cuidado.

